

La modernidad en José Martí. (Una lectura de “El poeta Walt Whitman”)

Ignacio DÍAZ RUIZ*

*¿Por qué nos han de ser fruta casi vedada las literaturas extranjeras,
tan sobradas hoy de ese ambiente natural, fuerza sincera y espíritu ac-
tual que falta en la moderna literatura española?*

(Martí, “Oscar Wilde”)

De acuerdo con las referencias biográficas con que se cuenta, José Martí vivió década y media —los últimos años de su existencia— en Estados Unidos; estancia que le permitió, entre otros múltiples logros, consolidar una sensible y excepcional experiencia sobre aquella parte del continente y expresarla en certeras crónicas y cartas:

Martí fue el cronista hispanoamericano mejor informado sobre la vida y la cultura de los Estados Unidos de los últimos decenios del siglo XIX. [...] Entre 1880 y 1895 vivió y trabajó en la ciudad de Nueva York; viajó a otras ciudades de la costa este del país, sobre todo a las de la Florida; leía y escribía inglés; y en los quince años de su residencia norteamericana adquirió un conocimiento envidiable de las costumbres, la idiosincrasia, la política, la tecnología, las artes plásticas, la música y la literatura de los Estados Unidos.¹

En efecto, las “Crónicas” o “Escenas norteamericanas” y “Cartas de Nueva York” constituyen un valioso documento y un excepcional balance elaborado por este intelectual cubano, exiliado político, identificado fuertemente con su patria y toda la comunidad hispanoamericana. La experiencia de José Martí, forjada durante sus cuarenta y dos años de vida, recoge, además de vivencias en Nueva York, sus varias andanzas por el continente, que “le permiten tener un conocimiento de primera mano de las realidades inmediatas entre las cuales se mueve el país [...] En las varias repúblicas latinoamericanas que visita, se abre a la comprensión de una unidad mayor, que él llamará “Nuestra América”, dentro de la cual aparece articulada Cuba”.²

* Doctor en estudios latinoamericanos por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Profesor titular “C” de tiempo completo en el Colegio de Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

¹ Ivan A. Schulman, *El proyecto inconcluso: la vigencia del modernismo*, México, Siglo XXI-UNAM, 2002, p. 53.

² Roberto Fernández Retamar, “Martí en su (tercer) mundo”, José Martí, *Páginas escogidas*, selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, vol. I, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972, p. 11.

Ciertamente esa fructífera estadia le permite compulsar una civilización, un país y una ciudad indiscutiblemente modernos; además de contrastarlos y, en cierta forma, oponerlos a veces directa, velada o sutilmente, a Cuba —su propio referente nacional— y también a la región de América Latina. En rigor, su labor como cronista cumple con acierto una doble intención: informar sobre Estados Unidos y, al mismo tiempo, sobre las regiones propias y semejantes en cultura e historia: “*Las escenas norteamericanas* de Martí [...] ese voluminoso conjunto de crónicas configura una notable reflexión, no sólo sobre múltiples aspectos de la cotidianeidad capitalista avanzada, sino también sobre el lugar del que escribe —el intelectual latinoamericano— ante la modernidad”.³

En esos contextos sociales y culturales, resultado de esa doble experiencia, se forjan y decantan los juicios, las ideas y las ponderaciones de José Martí como intelectual, escritor y artista frente a esa otra realidad social. Así, en sus ensayos o discursos como “Nuestra América” o “Madre América” formula algunos de esos contrastes o comparaciones. Ahí establece el contrapunto y las diferencias entre sociedades distintas en diversos órdenes: “Del arado nació la América del Norte, y la española, del perro de presa”;⁴ “lo que quede de aldea en América ha de despertar”.⁵ Dos Américas, dos orígenes, dos culturas, dos sociedades que, en excepcional y arduo encuentro, confluyen y conviven en su propia experiencia, en los conocimientos martianos.

Por otro lado, de manera peculiar y no menos significativa, la prolongada y tardía dependencia de Cuba constituye también una fuerte impronta en la formación intelectual de este singular escritor de finales del siglo XIX: “Y si Martí estuvo más próximo a la generación anterior (y también a las posteriores, de este siglo) se debió a su peculiar enclave: su campo operacional, la colonia cubana todavía en la órbita del descalabrado y anacrónico imperio español, se corresponde con su concepción de la función del poeta, en quien ve al apóstol de una causa civil”.⁶

Su ensayo “El poeta Walt Whitman” (que puede clasificarse como artículo, reflexión, apreciación, exégesis o crítica literaria) debe ser comentado precisamente desde la perspectiva de un escritor cubano, independentista, de un ensayista de aspiraciones e inspiraciones latinoamericanistas, en cuya escritura aparecen ciertas inflexiones, énfasis y observaciones que responden al criterio de un intelectual hispanoamericano del siglo XIX, en armónica síntesis del poeta cívico, de las luchas libertarias e independentistas y el modernista ávido de nuevos y amplios registros. En este trabajo se comentarán en forma particular sus aproximaciones y valoraciones sobre Whitman, poeta de su tiempo, uno de sus contemporáneos, y algunas observaciones del propio Martí sobre la modernidad artística y cultural.

En principio, la tarea fundamental de Martí como periodista se orienta a establecer un puente, a construir un nexo de mera información entre los aconteceres de la cultura moderna y el mundo hispanoamericano. Así, entre otros renombrados intelectuales norteamericanos, Walt Whitman (1819-1892), uno de los grandes escritores de la época, le llama poderosamente la atención y se convierte en motivo para darlo a conocer en nuestras latitudes: “El poeta Walt

³ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 1989, p. 15.

⁴ José Martí, “Madre América”, *Páginas escogidas*, op. cit., p. 189.

⁵ José Martí, op. cit., p. 157.

⁶ Ángel Rama, *Rubén Darío y el modernismo*, Caracas, Alfadil, 1985, p. 46.

Whitman” (fechado en Nueva York el 19 de abril de 1887), publicado en *El Partido Liberal*, México, el 17 de mayo de 1887; y en *La Nación*, Buenos Aires, el 26 de junio del mismo año. Al respecto, la temprana divulgación del poeta estadounidense en el ámbito hispanoamericano se debe a Martí: “Entre nosotros —comenta Octavio Paz refiriéndose a Whitman— su aparición es temprana: José Martí lo presentó al público en un artículo de 1887”.⁷

Una primera consideración, de carácter general y panorámico, surge de la ubicación cultural, económica y social desde el lugar donde escribe el cronista cubano; una ciudad donde con toda evidencia se constatan las características de una pujante modernidad y un enorme progreso en varios aspectos: el científico, el industrial y el financiero. Nueva York, al igual que varias ciudades europeas, es en efecto un espacio ejemplar y altamente capitalista, desarrollado, avanzado, donde la productividad, la economía, el mercado, la acumulación de bienes materiales, de capitales bursátiles y la utilidad configuran y definen estructuralmente a la sociedad; aspectos no sólo específicos de Estados Unidos, sino en general de la modernidad burguesa.

A partir de este contexto inicial, y en respuesta a ello, en este artículo Martí hace una defensa, apología o elogio de la poesía; justamente para enmarcar, situar e iluminar, con mayor agudeza y precisión, la función del quehacer artístico, poético, del artista y la de este poeta en Estados Unidos particularmente; y, al mismo tiempo, enunciar sus propias inquietudes, ideas y malestares, sus circunstancias y vocación, en el corazón mismo de aquella poderosa nación:

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida. ¿Adónde irá un pueblo de hombres que hayan perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos?⁸

A partir de esas interrogantes, Martí establece con precisión las oposiciones y contradicciones que le tocan vivir en aquel país; por un lado, las industrias, la producción, la utilidad, la acumulación, los bienes materiales; y por el otro, los bienes intangibles, inmateriales, los valores internos y espirituales, los relacionados con el alma, identificados con el arte, la literatura y la poesía.

En esa lógica, en una sociedad moderna, burguesa, un ser que no produce objetos materiales, bienes económicos y concretos, es menospreciado y es visto como un ser marginal; el poeta, sin oficio ni beneficio, pasa a formar parte sin más del grupo bohemio, asocial, marginal, ocioso; se convierte en un intelectual sin una función ni un lugar precisos en el campo laboral, en el mercado, en la producción, en la oferta y la demanda; es un individuo cuyas tareas ya no tienen reconocimiento, y mucho menos un sentido práctico, de servicio, útil y material. De ahí, en parte, la necesidad de otorgar a Whitman, y en cierto sentido a todos los poetas y a sí mismo, una justificación y una valoración social; en esa “nueva” sociedad, el

⁷ Octavio Paz, *Los hijos del limo, Del romanticismo a la vanguardia*, Barcelona, Seix Barral, 1974, p. 162.

⁸ José Martí, “El poeta Walt Whitman”, *op. cit.*, p. 171; en adelante, las referencias a este ensayo se indicarán únicamente con la página correspondiente a esta edición.

escritor, el intelectual, el poeta —actividades que definen a Whitman y al propio Martí y los identifica— aparecen disminuidos y en las orillas de ese mundo moderno donde imperan la industria y el comercio.

Al elegir el tópico de la poesía, el cubano busca determinar y precisar el lugar de lo estético, lo artístico y lo espiritual; establece y contrasta esa oposición entre la vida práctica y productiva, clave de la edad moderna, frente a la existencia contemplativa, creativa e imaginativa identificada de algún modo con experiencias del creador o poeta, sujeto relacionado con el pasado histórico, frente al hombre moderno, determinado en esencia por su capacidad productiva y generadora de bienes materiales. En este sentido no sólo sale en defensa de la poesía, sino también en busca de la integridad del ser humano, de su respectiva totalidad, de su plenitud y armonía.

En consecuencia, hace una manifiesta denuncia, una acerba crítica a las instituciones y a las normas de la nueva sociedad moderna que, en la mirada de Martí, limitan y deforman; a aquello que podríamos denominar en forma anacrónica “el sistema”; en su diatriba escribe: “Las universidades y los latines han puesto a los hombres de manera que ya no se conocen; en vez de echarse unos en brazos de otros atraídos por lo esencial y eterno, se apartan, piropéandose como placeras, por diferencias de mero accidente” (p. 165).

Sin duda, los cuestionamientos al estudio, a las escuelas, a las instituciones educativas, al tipo de conocimiento impuestos por la sociedad y la época modernas, son objeto de una firme reflexión y de severas críticas; denuncia además la ausencia de lo fundamental, lo sustancial y lo perenne, aspectos identificados ciertamente con la poesía y con una idea de la cultura humanística, invocados con el “libro natural” de Whitman; en preciso contraste con lo inmediato, lo efímero, lo tangible, y el “mero accidente”, relacionados con la vida práctica y material.

De nueva cuenta, la referencia a principios y valores, a la recuperación de ideas éticas y filosóficas, a una circunstancia acorde con la immanencia y perdurabilidad aparecen en el ensayo para iluminar y caracterizar a Whitman como icono, encarnación del poeta moderno.

Así, con la elección de este creador, y junto a él, aparece una bien formulada meditación sobre aquella nación, los malestares de la época moderna, de los tiempos que le toca vivir y los efectos de las ideas y las instituciones sobre el individuo:

Como el budín sobre la budinera, el hombre queda amoldado sobre el libro o maestro enérgico con que le puso en contacto el azar o la moda de su tiempo; las escuelas filosóficas, religiosas o literarias, encogullan a los hombres, como al lacayo la librea; los hombres se dejan marcar, como los caballos y como los toros y van por el mundo ostentando su hierro (pp. 165-166).

Con la misma preocupación de explicar el porqué y el para qué de la poesía —de la cultura—, en su artículo “Oscar Wilde”, otro de sus grandes elegidos, otro de sus espíritus tutelares, formula una glosa para justipreciar, de nueva cuenta, al poeta y a la poesía, y dice: “[...] cómo le parecen abominables los pueblos que, por el culto de su bienestar material, olvidan el bienestar del alma, que aligera tanto los hombros humanos de la pesadumbre de la vida y predispone gratamente al esfuerzo y al trabajo. *Embellecer la vida es darle objeto*” [El subrayado es mío].⁹

⁹ José Martí, “Oscar Wilde”, *Páginas escogidas*, vol. II, p. 124.

Otra confrontación, ahora entre la ciencia y el alma, sin duda de gran significación y sentido, es retomada directamente de la voz de Whitman.¹⁰ Esas ideas, en cierto sentido paralelas, de Whitman y Martí, sirven para destacar e imponer sobre la ciencia las cuestiones del alma; sobre el materialismo, el idealismo; sobre lo científico, lo espiritual; sobre lo objetivo, lo subjetivo. En éstas, como en muchas otras expresiones, el proceso de integración y fusión de discursos es evidente. Las coincidencias entre ambos son notables: “Ni las dudas ni la ciencia le mortifican. ‘Vosotros sois los primeros, dice a los científicos; pero la ciencia no es más que un departamento de mi morada, ¡qué pobres parecen las argucias ante un hecho heroico! A la ciencia, salve, y salve al alma, que está por sobre toda la ciencia’” (p. 177).

Palabras semejantes, consideraciones de esta misma índole, fueron expuestas también por Martí en un artículo sobre Darwin.

Con esos señalamientos de orden social, donde se da cuenta, indirectamente, de un ceñido perfil de una sociedad burguesa moderna, de una nación mercantilista y utilitaria, el escritor cubano hace surgir y sitúa a su elegido protagonista; al poeta profeta, al sacerdote que encarna al arquetipo del poeta. Para ello, además de sus propias inquietudes como escritor, recurre a una forma muy específica para su crónica. Elige, a su vez, una nota periodística sobre la que vuelve a escribir. Comunica sobre lo ya informado. Realiza un ejercicio de reescritura: “al ‘informar’ *sobre-escibe*: escribe *sobre* el periódico, que continuamente lee, en un acto de palimpsesto, digamos, que a la vez proyecta un trabajo verbal sumamente enfático, que la noticia —el objeto leído— no tenía”.¹¹

De esta manera, el artículo sobre Whitman, como muchos otros, se inicia precisamente con la mención de una nota de periódico: “Parecía un dios anoche, sentado en su sillón de terciopelo rojo, todo el cabello blanco, la barba sobre el pecho, las cejas como un bosque, la mano en un cayado’, esto dice el diario de hoy del poeta [...]” (p. 165).

Con estas líneas iniciales, Martí marca el preludio a su ensayo. Por otro lado, se debe subrayar la cuidadosa selección de la referencia periodística, sugerente y evocadora, para orientar todo el sentido de la reescritura posterior.

Con una elaboración verbal muy vigilada y meditada, además de recurrir a expresiones como “libros sagrados”, “profético lenguaje”, “grandiosos y sacerdotales apotegmas” para definir la poesía de Whitman, José Martí construye una excepcional imagen física y simbólica del poeta, a todas luces resultado de su admiración por el escritor y el riguroso conocimiento de sus poemas:

Cuando se ven delante del hombre desnudo, virginal, amoroso, sincero, potente —del hombre que camina, que ama, que pelea, que rema—, del hombre que, sin dejarse cegar por la desdicha, lee la promesa de final ventura en el equilibrio y la gracia del mundo; cuando se ven frente al hombre padre, nervudo y angélico de Walt Whitman, huyen como de su propia conciencia y se resisten a reconocer en esa humanidad fragante y superior el tipo verdadero de su especie, descolorida, encasacada, amuñecada (p. 166).

¹⁰ “...escritores como Whitman, Longfellow y Emerson con quienes el nexo del cronista es tan estrecho que con dificultad distinguimos entre el discurso de uno y de otro.” Ivan A. Schulman, *El proyecto inconcluso*, p. 64.

¹¹ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad*, pp. 110-111.

Con Whitman, Martí propone la recuperación del hombre en sus aspectos más simples, directos y elementales: el hombre en su desnudez, en su esencialidad, en su identidad plena; con una serie de características y atributos que evocan al hombre natural, que remiten al individuo originario e invocan a un ser capaz de entender e interpretar la armonía y la belleza del mundo natural y el universo. Martí, con el escritor estadounidense, busca en una imagen primigenia y primordial al hombre esencial; y al poeta “(quien) lee la promesa de final ventura”. Martí y Whitman se asimilan y hermanan así en un discurso peculiar, singular, alternativo; discurso diferente al que suscribe y plantea la sociedad de aquel momento.

En otro de sus ensayos, “El poema del Niágara”, Martí expone su idea sobre el sentido y la evolución del hombre: “Como en lo humano todo el progreso consiste acaso en volver al punto que se partió, se está volviendo al Cristo, al Cristo crucificado, al Cristo perdonador, al de los pies desnudos y los brazos abiertos”.¹²

Como se puede deducir, su idea y reflexión sobre el progreso es peculiar, paradójica; aparece identificada con un retorno al pretérito, al pasado esencial, como un regreso; sustenta el mejoramiento y adelanto del hombre en la recuperación de valores de la antigüedad y del pasado, simbolizado en Cristo; discurso que, para aquella actualidad práctica y dinámica, resulta en verdad un anacronismo; se refiere en fin a construir la nueva etapa con cimientos esenciales, primitivos y naturales; una nueva época que recupere y acuda a la historia.

En este mismo sentido, expone en *La Edad de Oro*¹³ varias de sus consideraciones sobre lo ancestral, lo antiguo, lo primitivo, la historia universal e hispanoamericana; “Tres héroes”, “La Ilíada, de Homero”, “Un juego nuevo y otros viejos”, “La historia del hombre contada por sus casas”, “Las ruinas indias”, entre otros textos del mencionado periódico, contribuyen puntualmente a formular la importancia de cimentar la evolución de la humanidad en el conocimiento de la historia, la vuelta al pasado y su respectiva valoración.

Junto a su culto por la historia y su retorno a principios identificados con la antigüedad, Martí encuentra en la poesía y en la propia figura de Walt Whitman una serie de aspectos éticos, nociones y valores asociados con una recreación y ponderación del hombre libre, íntegro, acorde con la naturaleza; el escritor cubano se plantea desiderativamente éstos para el hombre nuevo, para el mejoramiento de la humanidad de su tiempo; de esta manera, las discordancias entre el mundo activo, productivo, material y utilitario —el espacio real y objetivo que habitan Whitman y Martí—, y las ideas expuestas en la crónica-ensayo sobre el poeta estadounidense son notables:

La vida libre y decorosa del hombre en un continente nuevo ha creado una filosofía sana y robusta que está saliendo en epodos atléticos. A la mayor suma de hombres libres y trabajadores que vio jamás la Tierra, corresponde una poesía de conjunto y de fe, tranquilizadora y solemne, que se levanta como el Sol del mar, incendiando las nubes; bordeando de fuego las crestas de las olas (pp. 168-169).

La libertad humana, identificada como un emblema de Nueva York y su simbólica estatua, de Estados Unidos y como un proyecto ideal para América Latina, aparece como motivo constante en la poesía de Whitman; ese concepto de libertad, tan fuertemente impulsado por

¹² José Martí, “El poema del Niágara”, *Páginas escogidas*, op. cit., p. 204.

¹³ Cfr. José Martí, *La Edad de Oro*, edición crítica de Roberto Fernández Retamar, México, FCE, 1992.

Francia, constituye también una continuidad ética de la civilización y la cultura europeas y universales que resurge en la interpretación de Martí sobre Whitman.

Por otro lado, el principio de libertad, tan íntimamente relacionado con los anhelos y esfuerzos independentistas del cubano y sus aproximaciones al héroe y la poesía civil, encuentra un campo propicio en la elocuente e idealista vocación democrática del estadounidense. En la vasta meditación sobre el poeta, esa facultad o derecho para actuar y decidir aparece como motivo excepcionalmente medular, cuya presencia merece reconocimiento y elogio:

La libertad debe ser, fuera de otras razones, bendecida, porque su goce inspira al hombre moderno —privado a su aparición de la calma, estímulo y poesía de la existencia—, aquella paz suprema y bienestar religioso que produce el orden del mundo en los que viven en él con la arrogancia y serenidad de su albedrío. Ved sobre los montes, poetas que regáis con lágrimas pueriles los altares desiertos.

Creiais la religión perdida, porque estaba mudando de forma sobre vuestras cabezas. Levantaos, porque vosotros sois los sacerdotes. La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable y seductora bondad del universo (p. 171).

En su lectura, Martí realiza una sugerente elaboración donde expone, en singular síntesis, una original concepción de la poesía; al mismo tiempo que, desde su perspectiva, la convierte en clave para la formulación y construcción del hombre nuevo y futuro. Esa libertad de conciencia, de pensamiento, de opinión, esa actitud de naturalidad y espontaneidad, sin cortapisas, tan valiosa para Whitman, define en parte el apego de Martí a este poeta.

Martí, no hay duda, constituye una de las más agudas y sensibles miradas latinoamericanas sobre Estados Unidos a finales del XIX; sus crónicas, irreductibles a una sola tonalidad, a una única orientación, ofrecen una variedad de sentidos que demandan un largo y detenido estudio. Sin embargo, un motivo constante estructura su pensamiento: la elección de escritores anglosajones, con quienes establece una entrañable identificación, y cuya esencia está relacionada con la inconformidad, la disidencia y la extrema novedad y originalidad; personalidades que, como Whitman, representan grandes rupturas e innovaciones culturales; y que, hasta cierto punto, son opuestas, marginales, críticas, disidentes, distintas a los principios y criterios predominantes en aquella época y sociedad.

Martí busca y encuentra en estas figuras extranjeras y universales un modelo de modernidad que, en rigor, constituye una opción distinta, la idea de una *modernidad literaria*; al respecto, para referirse a este tipo de innovación, Octavio Paz la define como una “Modernidad antimoderna”,¹⁴ y también añade: “la literatura moderna es una apasionada negación de la era moderna”,¹⁵ en relación específica con el autor de *Hojas de hierba*, acota: “Whitman exalta a la democracia, el progreso y el futuro. En apariencia, su poesía se inscribe en una tradición contraria a la de la poesía moderna [...]”.¹⁶ La poesía de Walt Whitman constituye, en cierto sentido, un discurso discordante, inarmónico, frente al utilitarismo y la visión práctica

¹⁴ Octavio Paz, *Los hijos del limo*, p. 130.

¹⁵ *Ibidem*, p. 153.

¹⁶ *Ibidem*, p. 161.

de Estados Unidos, una expresión poética que contiene en esencia una formulación ética y espiritual sustentada —como en la poesía de Martí— en el amor, la solidaridad, la amistad y la libertad.

El discurso martiano sobre Whitman, en efecto, lleva a cabo una ponderación de valores e ideales humanísticos, de principios de concordia, armonía y conocimiento entre los hombres, y una recuperación de esencias éticas del pretérito para los nuevos tiempos, así como fe y confianza en la vida democrática, el mejoramiento y avance humano, y el porvenir.

Contradictorio y heterogéneo, pues también reconoce la modernidad burguesa, Martí encuentra en este tipo de intelectual un icono de su modernidad literaria ideal; una modernidad estética y artística que justamente puede ser interpretada como una crítica y liberación a aquella actualidad productiva, utilitaria y deshumanizada; en su aspiración ideal y utópica de la nación moderna, de Estados Unidos como modelo parcial para América Latina, el cubano encuentra en un poeta como Whitman al individuo noble, al “hombre natural” que encarna una *forma de ser* libre y espontánea, distanciado y lejano de factores económicos y materiales: “el que no dice estas poesías por un peso”(p. 166). Ivan A. Schulman, por su parte, de la presencia del poeta en Martí dice: “[...] el que más elogio abierto le mereció fue Whitman ‘rebelde y pujante’, el hombre que narra la experiencia de la nación moderna, el individuo que significativamente batalla en pro del humilde, en defensa de la libertad, y en contra de muchas prácticas de la modernidad burguesa que limitaba al ser”.¹⁷

“¿Qué es ser moderno?”, inquiera Paz al perfilar al modernismo hispanoamericano frente a otras expresiones finiseculares, a lo cual responde: “Es salir de su casa, su patria, su lengua en busca de algo indefinible e inalcanzable pues se confunde con el cambio”.¹⁸ En efecto, en busca de ser moderno, Martí cumple puntualmente con esos exilios; al salir de su lengua, se incorpora a otra, y con ello conoce distintas culturas —otras casas, otras patrias, otros países— que le permiten construir con distintos materiales, ajenos, heterogéneos, extranjeros y extraños, como con la lectura del poeta Whitman, una concepción de modernidad estética; es decir, traduce e interpreta a Walt Whitman como un modelo de esa idea de modernidad para sí mismo y para el escritor de Hispanoamérica.

¹⁷ Ivan A. Schulman, *El proyecto inconcluso*, p. 61.

¹⁸ Octavio Paz, *Los hijos del limo*, p. 129.